

Capítulo 445

Una Nueva Mascota y Una Cita Para Cenar

Camazotz supo que había cometido un error, cuando vio que los ojos de Abaddon empezaban a parpadear entre colores, sin siquiera parpadear.

Fue solo después de tomarse un momento para pensar con quién estaba hablando, que se dio cuenta de dónde podría haberse equivocado.

En la forma en que presentó sus regalos, accidentalmente hizo parecer que eran para el propio Abaddon y no para él.

Y como la idea de convertirse en una "mascota" no le sienta bien a ningún dragón con un mínimo de orgullo, Camazotz tuvo que aclarar rápidamente la situación, o arriesgarse a perder el cuello.

"E-Estos regalos no son para el señor Abaddon, ¡son para Camazotz! ¡M-Mi único deseo es ofrecerte a ti como mascota!"

La irritación de Abaddon desapareció, casi tan rápido como apareció, siendo reemplazada únicamente por confusión.

"¿Quieres ser... mi mascota..?"

"¡Sí!"

Abaddon miró por encima del hombro a sus dos hijas pequeñas, a quienes les habría entregado el mundo.

"¿Alguna de ustedes desea tener otra mascota? Sé que les gustan mucho las que ya tenemos".

Gabbrielle, siempre madura, se cruzó de brazos, mientras miraba a su padre con desagrado.

—Nos malcrías demasiado, padre. ¿Se te ha escapado que nos estás ofreciendo literalmente un dios murciélago como mascota?

"¿Quieres otro tipo de dios bestia? ¿Sekhmet quizás?"

"Cómo pudiste llegar a esa conclusión, a partir de lo que dije, es algo que nunca sabré".





Thea rodeó con cuidado a la criatura murciélago, anormalmente grande, con ojos eternamente curiosos.

Tenía algunos puntos principales que le preocupaban.

Su pelaje era bonito y esponjoso. Positivo.

Camazotz tenía una espalda ancha, en la que podía viajar cómodamente y volar eternamente por el cielo. Positivo.

Parecía que lo único negativo era...

"Lo siento... No quiero ser grosera, pero ¿puedes ser más lindo?"

Perséfone y Deméter se rieron disimuladamente, mientras Camazotz se devanaba los sesos para procesar lo que ella podría haber querido decir.

¿No era ya lindo?

¿Qué parte de él no era linda exactamente?

¿Qué valor tenía, de todos modos, ser lindo?

No estaba muy seguro de la respuesta, pero sabía que tenía que hacer lo mejor que podía.

Al final, se encogió hasta convertirse en un pequeño murciélago que no se diferenciaba en nada de lo normal.

"Eh, no, gracias. Creo que me quedaré con el negro por ahora".

"Lo siento Camazotz."

"¡No!", gritó.

En ese momento, las puertas de la sala del trono se abrieron y Mira asomó la cabeza vacilante.

"Perdón por interrumpir..."

"No seas tonta, querida. Entra."

Mira saltó emocionada y sin ninguna reserva, después de que su padre le dijo que estaba bien.

Ella intercambió breves pero educadas palabras de cortesía con las dos diosas en la habitación.

La encontraron linda, pero estaban un poco preocupadas por el hecho de que esta joven tenía sangre por todas sus manos y nadie decía nada al respecto.



Demeter: 'Están tratando esto como si fuera normal, ¿es esto normal?'

Perséfone: 'Simplemente ignóralo, finge que no ves nada malo en esto...'

Justo antes de que Mira pudiera saltar sobre la espalda de su padre, casi tropezó con un pequeño murciélago peludo, que yacía en el suelo, lleno de dolor.

Lo recogió por las alas y sus ojos comenzaron a brillar como dos diamantes recién lustrados en el cielo.

"¡Es tan feo! ¡Me encanta!"

Camazotz estaba sintiendo muchas emociones encontradas en ese momento y ya no podía distinguir lo que estaba en primer plano.

—¿Ah, sí? ¿Lo quieres entonces? —preguntó Abaddon, mientras le revolvía el pelo—. Es un dios, así que todavía no puede quedarse aquí todo el tiempo, pero cuando pueda, será tuyo.

"¿¿¿De verdad???"

"¿P-Por qué Camazotz no puede quedarse todo el tiempo?" chilló el murciélago.

Abaddon estaba empezando a pensar que esta nueva mascota quizá no fuera muy inteligente.

"Eres el mensajero de los dioses de la muerte. No puedes desaparecer, así como así, cuando ocupas una posición de valor único".

Camazotz y Mira bajaron la cabeza al mismo tiempo, ambos igualmente abatidos por esta realidad.

—Es curioso que menciones eso... —comenzó Perséfone.

"¿Hmm?"

"Me temo que no hemos venido aquí sólo para una visita social y para que puedas conocer a mi madre. La verdad es que algo está sucediendo en los cielos de lo que quizás no estés al tanto".

Curioso e intrigado, Abaddon se sentó de nuevo en su trono, con el durmiente Straga descansando en su regazo.

"Nos conocemos desde hace tan poco tiempo y ya estás a punto de pedirme favores. Me pregunto si me están utilizando".

La pequeña sonrisa que se formó en el rostro de Abaddon confirmó que estaba bromeando, y también provocó que involuntariamente sus corazones se



saltaran un latido. La encarnación del deseo verdaderamente era un hombre hermoso.

Deméter estaba contenta de que él no supiera o no le importara usar sus poderes para encantar a todos los que lo rodeaban y convertirlos en esclavos obedientes.

"Me pregunto si conoció a sus 'hermanos'", pensó para sí misma.

Ella descartó inmediatamente la idea poco después, ya que Abaddon aún no cumplía los criterios para ese tipo de cosas.

Pero por alguna razón pensó que... era solo cuestión de tiempo.

"Dime... ¿qué es lo que preocupa tan terriblemente a los hijos del cielo, como para que vengas a mí en busca de su salvación?"

Perséfone suspiró mientras pasaba sus manos por su cabello, exhausta.

"Tu... conversación con Papa Legba, ha terminado siendo un tema bastante candente, me temo.

Aquellos que se han dejado convencer por vuestro lado están enzarzados en luchas contra las fuerzas de Zeus y Thor. Los Ogun son una de esas facciones.

"¿Estás a punto de pedirme que te proporcione un refugio seguro?"

"Sólo para unos pocos, y sólo por un corto tiempo. Hasta que la guerra final haya comenzado y seamos libres de estar de su lado sin temor a ser perseguidos".

—Está bien. —Abaddon podía crear un nuevo cuerpo de tierra en el Sheol, donde y cuando quisiera, por lo que no sería particularmente difícil crear alojamiento para un par de dioses.

Especialmente porque habían tenido la valentía de expresarle abiertamente su apoyo, a pesar del peligro.

Él no era un hombre desleal, que dejaría a esa gente morir.

Y si era honesto, estaba más que ansioso por tener la oportunidad de conversar con Papa Legba una vez más.

"Puedes traerlas aquí si quieres. En realidad, tengo tres diosas con las que necesito que te pongas en contacto en mi nombre. Pero primero necesito algo de ti".

"Y-¿eso es..?"





Abaddon se inclinó hacia delante, con un aire intenso y serio, que era completamente hostil.

"Me he enterado de que todos ustedes saben dónde están el resto de mis hijos. Espero que puedan ver que la familia lo es todo para mí, así que me gustaría que regresaran a mi lado lo antes posible".

Deméter asintió levemente, mientras miraba al niño dormido en el regazo de Abaddon.

"Tus... hijos, como dices. Según nuestra información, los restantes deberían ser Ammit, el Devorador de The Evil Dead.

Trihexa, la Bestia Emperadora del Apocalipsis. Y... Tártaro. El que guarda todos los inframundos en la boca del estómago... excepto uno.

Un ceño fruncido se formó inmediatamente en el ceño de Abaddon.

Todos sus hijos estaban tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos.

Trihexa dormitaba debajo del palacio de Lucifer, en la capa más profunda del infierno.

Ammit descansa junto al trono del dios egipcio de la muerte, Anubis, dentro de la Duat. Y esas tierras estaban, casualmente, bajo la jurisdicción de Osiris.

El Tártaro, descansaba en los rincones más oscuros y profundos del inframundo griego, y estaba custodiado no solo por Campe, sino que también se sabía que la diosa primordial Nyx dormía en ese dominio.

Para recuperar a sus hijos restantes, Abaddon tendría que pasar no solo por uno, sino por tres seres en el nivel primordial.

No era tan tonto como para creer que podía ir contra ellos, solo porque no estaban en posesión de la espada completa que podía matarlo.

El cayado y el mayal de Osiris eran uno de los fragmentos, e incluso sin ellos, estaba seguro de que había cosas peores que la muerte que podría sobrevenirle si se enfrentaba a ellos al azar, uno tras otro.

Todo era tan irritante.

-Lo siento mucho, niños... Por favor, esperen a su padre un poco más.

* * *

Dentro del Sheol, el capitalismo ya no existe.

Simplemente no hay necesidad de ello.



Con el poder de Valerie de crear materia de la nada, cosas como la riqueza y los tesoros materiales se vuelven... algo obsoletos.

Si deseas algo, puedes tenerlo.

Si no quieres trabajar, no tienes por qué hacerlo (aunque se considere un verdadero tabú). En lugar de trabajar para aumentar la propia riqueza, los dragones del Sheol trabajan para mejorar y hacer avanzar lo que ya tenían, para el bien de todos.

La nueva riqueza se ha convertido en notoriedad, reputación y fama.

Dentro de la tierra de los dragones, hay un restaurante particular, que atiende solo a los más ricos.

Brillantes eruditos, tanto mágicos como prácticos, personal militar de alto rango y, por supuesto, la estimada familia real.

Dentro de este restaurante, dos mujeres estaban sentadas en una sala privada.

Ambas eran impecablemente hermosas, con cuerpos curvilíneos envueltos en ropa ajustada y ojos hipnotizantes que podían cautivar a cualquier alma perdida.

Una de ellas era Valerica Vermilion, una general muy estimada y una diosa reconocida en todo el mundo.

La otra era la novena diosa, la siempre fascinante Tatiana Tathamet.

"Muy bien... ¿comenzamos nuestra discusión entonces?"

"Sí."

De repente, entró un camarero con una bandeja humeante con dos platos encima y una botella de vino elaborado en casa.

"Aquí tienen, señoras. ¡Un filete Wellington y un coulibaïc de salmón!"

Los dos platos fueron colocados frente a sus respectivos comensales y sus estómagos gruñeron al unísono.

"...Entonces, comamos primero."

"S-Sí."

